

LA PEDAGOGIA EN LA NUEVA ALEMANIA

PRINCIPIOS GENERALES

I

EL gran movimiento de liquidación del período humanista de la historia occidental a que estamos asistiendo, encuentra su fundamento inicial y su justificación postrera en un nuevo concepto del hombre y del mundo; es decir, en un cambio radical de orientación y enfoque de los problemas filosóficos. Y como toda variación de la idea que tengamos acerca del hombre y de su vida, se refleja inmediata y fielmente en la teoría y la práctica de la educación—ya que la formación humana se aplica siempre a corroborar y ratificar aquellas posibilidades consideradas como supremamente valiosas, en vista de la misión que al hombre compete realizar en el mundo—nuestro tiempo, que está dando muerte y sepultura al período histórico post-renacentista, alumbrá ahora la promesa auroral de un hombre nuevo.

Sin perjuicio de las indispensables matizaciones nacionales, concebidas y realizadas en función de las condicionalidades de raza e historia, entiendo yo que importa mucho auscultar cuidadosamente el sentido general de la gigantesca consigna histórica que está recibiendo en estos instantes el Occidente europeo, para asentar con firmeza nuestros pies en la tierra incommovible del genuino espíritu de la época. He aquí por qué me parece conveniente exponer, con la brevedad esquemática impuesta por la falta de espacio, las líneas fundamentales de la pedagogía y la organización escolar en la Alemania nacionalsozialista.

¿Qué notas esenciales caracterizan el ideal de hombre perfilado ya con suficiente relieve por la filosofía pedagógica de la nueva Alemania? Por oposición al racionalismo, cosmopolitismo e individualismo que informaban y nutrían el subsuelo ideológico del Renacimiento, la Pedagogía y la escuela alemana persiguen en la actualidad un ideal de hombre anti-racionalista, anti-individualista y nacionalista.

Frente al «uomo universale» que el liberalismo pedagógico humanista había convertido en modelo humano ideal, con sus notas distintivas de abstracción y absolutividad—siempre idéntico a sí mismo, cualesquiera que fuesen las circunstancias y modalidades del ambiente en que nacía y vivía—, la nueva Antropología filosófica eleva un tipo humano más con-



creto y realista, sometido a un doble proceso de relativización, que intenta seguir dócilmente la línea neta de los hechos prácticos: de una parte, encontramos las determinaciones y concreciones inherentes al factor racial, es decir, a los poderes de la sangre y la herencia, que ponen su impronta personalizadora sobre los caracteres generales humanos; de otra, están los influjos correspondientes al espíritu de las comunidades a que el hombre pertenece, plenificadores, en cierto aspecto, de los lineamientos biológicos del grupo, mientras que, en un sentido distinto, se alzan las complejas arquitecturas de las construcciones culturales.

El anti-racionalismo, considerado desde el punto de vista de la psicología y la educación, se convierte en anti-intelectualismo. Aquella reacción violenta contra la enseñanza libresca; aquel clamor por el estudio e imitación de la Naturaleza que, desde Vives hasta Ratke, caracterizó al humanismo, degeneró, a la larga, en el mayor alejamiento y suplantación de lo natural que se haya conocido jamás. La vida, hasta en sus últimas raíces irracionales y religiosas, se racionalizó; la Ciencia amenazó con destruir su objeto de conocimiento, y la formación del hombre fué tan radical y completamente escolarizada, que la vida espiritual corrió el gravísimo riesgo de ser cegada en las hondas fuentes de la espontaneidad creadora.

La nueva pedagogía alemana concede, por tanto, importancia capital a la efectividad, olvidada por la pedagogía anterior, y pone el acento en el logro de un hombre de voluntad fuerte, amante del riesgo, depositario y defensor de una tradición cultural, por cuya pureza debe estar presto a ofrendar su vida. He aquí por qué concede una importancia extraordinaria a la formación extra-escolar, confiando, antes que en el aprendizaje de definiciones científicas, en la influencia modeladora de la convivencia; en el contacto directo con el campo y las realidades campesinas; en el poder formativo de los cantos, las leyendas, las fiestas, las espontáneas formas de vida, que son los tesoros invaluables del alma de la raza. Sólo esta pedagogía, que sabe encontrar sus propios límites y de vuelta de tantos baratos e infecundos pedagogismos, abre de par en par sus puertas a la vida, para dejarse fecundar por su poder creador, merece ser tomada en consideración.

La obra gigantesca de las juventudes hitlerianas; el llamado «Año rural», durante el cual los jóvenes estudiantes de las grandes ciudades viven la vida del campo, sienten sus problemas y se funden en una unidad indestructible, de comprensión y afecto, con las gentes campesinas, los «Cursos nacionalpolíticos», que obligan a los alumnos de los cuatro últimos años de Bachillerato a permanecer tres semanas en el campo, alojándose en tiendas de campaña, ayudando los chicos a los aldeanos en las faenas agrícolas y dedicándose las muchachas a los servicios domésticos y trabajos de jardinería en los hogares rurales, son otras tantas muestras elocuentes de

esta orientación, que pudiéramos denominar «vitalista» de la pedagogía alemana. Si consideramos, al par, la reducción de número del curso recientemente decretada para la enseñanza secundaria, habremos caracterizado de un modo suficiente semejante tendencia.

Otro distintivo de la nueva pedagogía alemana es su anti-individualismo. Tanto la filosofía política como la filosofía pedagógica parten, como de un centro fijo, del concepto de comunidad. ¿Qué es la comunidad? Aquella forma espontánea, orgánica y necesaria de vida colectiva, en la cual y para la cual hallan justificación sentido y valor las existencias aisladas de los hombres que la componen. Familia, aldea, profesión, iglesia, nación; he aquí las más importantes comunidades. La que sirve de fundamento al Estado y ocupa un rango elevado por ser la expresión y vehículo de una forma cultural definida es la comunidad nacional. Tanto Baeumler como Krieck, los más elocuentes definidores de la nueva pedagogía, insisten sobre el valor nulo del hombre aisladamente considerado y combaten denodadamente el individualismo liberal, que fragmenta las realidades nacionales en un caótico amasijo de unidades anárquicas y demoleadoras; Krieck, sobre todo, defiende con ardor la teoría de que la relación del maestro con el alumno en modo alguno es una relación de tipo individualista, sino de carácter social; pero no en la dirección del formalismo de Natorp; antes bien, considerándola como una función esencial de la comunidad nacional, que tiene su expresión jurídica en el Estado. El problema del método y del contenido no es ya, pues, asunto privado de la ciencia pedagógica; uno y otro, así como la íntegra estructura y plan de dicha ciencia, están subordinados a las necesidades, aspiraciones y deseos de la comunidad y sólo en función de tales realidades adquieren consistencia significativa las reglas y prescripciones de la ciencia de la educación.

El carácter nacionalista de la pedagogía del Tercer Reich es una consecuencia de su anti-individualismo y de la capital importancia concedida a la comunidad nacional. Pero no se crea que este nacionalismo es mera aplicación pedagógica del nacionalismo político. Ello ocurriría si se detuviera en la idea de «la escuela al servicio de la comunidad», ya aludida antes. Además de este afán primordial, la escuela de la nueva Alemania convierte a lo popular-nacional en objeto de estudio amoroso y meta de sus más caros anhelos. El laicismo conceptual del conjunto de cualidades que constituyen el fondo inconfundible de la alemanidad ha sido uno de los esfuerzos más insistentes de la filosofía y la psicología alemanas. Tal conjunto, convertido ya en objetivo escolar, es el instrumento capital del cultivo de la conciencia de la nacionalidad, base y fundamento de una solidaridad nacional eficaz y rica en promesas históricas.

No otro origen tiene que las Instrucciones didácticas recientes hagan resaltar la enseñanza del «medio natal», con referencia constante a las realidades infalsificables del ambiente que rodea al niño. El nacio-

nalismo de la nueva escuela alemana es vivo y orgánico, porque el alumno va asimilando progresivamente, en el decurso de su escolaridad, formas cada día más amplias y ricas del espíritu nacional, que alcanzará luego, en la camaradería de las juventudes hitlerianas, su expresión más alta y noble, más fuerte y fecunda, también. Es en esta profunda solidaridad nacional donde radica el secreto de la fuerza de la actual educación alemana y del formidable porvenir que aguarda a este gran país.

II

Las Instituciones

La base de la organización docente en la Alemania nacionalsocialista la constituye la «Grundschule» o «escuela fundamental», frecuentada por los niños de todas las clases sociales.

Se trata, por consiguiente, de un tipo único de escuela, que proporciona a los niños alemanes, sea la que quiera su posición familiar y social, las líneas básicas de la cultura, en un sentido fuertemente nacionalista. Ingresan en ella los pequeños a los seis años, para salir a los diez, en el caso de una continuación de sus estudios en la escuela secundaria. Si el muchacho no pasa a la segunda enseñanza permanece en la «Grundschule» otros cuatro años más (hasta los catorce).

A esta edad, los que reúnen condiciones para ello pueden participar en «Cursos especiales para capacitados», que les permiten después el ingreso en las diferentes escuelas técnicas, de las cuales existen muy diferentes tipos, en armonía con las múltiples necesidades de la industria alemana.

Antes de ingresar en las escuelas profesionales, en sus diversas clases —Escuelas técnicas, propiamente dichas—, los jóvenes de ambos sexos que salen de la escuela primaria han de cumplir el «Año rural», instituido en 1934 en Prusia, con el propósito de despertar en los muchachos de la ciudad la comprensión y el amor del campo, haciéndoles sensibles a los valores de la tierra y a las formas esenciales de vida del pueblo. De acuerdo con la directriz anti-intelectualista que informa a toda la nueva educación alemana se ha evitado que semejantes enseñanzas vivas, sólo eficaces y operantes por los mecanismos subconscientes del contagio y la directa experiencia pudieran interpretarse como «Cursos sobre la vida rural», de tipo teórico y literario lo que hubiera sido una suplantación gigantesca de la idea que les hizo nacer.

Cierto que durante el «Año rural» se desarrolla un curso sistemático de enseñanzas que versan sobre historia, folklore, biología de la herencia y descripción integral de la región donde se trabaja; pero las prescripcio-

nes legales no conceden a estas actividades literarias la mayor importancia.

Contrariamente, fían mucho más en el valor formativo de la convivencia y camaradería con los jóvenes campesinos; en el despertar sensaciones y emociones nuevas en el muchacho de la gran ciudad acerca del campo y sus problemas, y en el influjo profundo de los sentimientos de amor patrio, surgidos al calor de una solidaridad racial y nacional que penetra hasta los hondones vegetativos de la personalidad.

Los muchachos hacen su vida durante el «Año rural» en tiendas de campaña al aire libre generalmente en las proximidades de alguna aldea.

Cada grupo de campamentos está dirigido, como los que utilizan las «Juventudes hitlerianas», por un «Jefe de campamento», ayudado por cierto número de «Jefes de grupo». Estos últimos son jóvenes también que han pasado por pruebas especiales y están, por ello, capacitados para tal misión. Pero su preparación es, asimismo, eminentemente práctica, pues tiene lugar en campamentos destinados a esta finalidad, donde los futuros jefes, además de entregarse a los trabajos campesinos y a técnicas de gimnasia y endurecimiento físico, reciben una preparación que les facilita la comprensión y el cultivo de lo popular desde las formas locales y comarcales del deporte y los juegos hasta la música folklórica, pasando por talleres de trabajos manuales.

Con toda razón esperan los dirigentes de la política educativa de la nueva Alemania los mejores frutos espirituales de estas originalísimas experiencias.

La segunda enseñanza merece atención especialísima dentro del total sistema escolar alemán, porque se dirige a la preparación de los cerebros directivos del país. El principio de la integralidad de la educación encuentra también en este grado de la enseñanza amplia y cumplida corroboración como reacción contra el intelectualismo unilateral del pasado. Así formula los fines de la Enseñanza secundaria el decreto del Ministerio de Educación Nacional del Reich de 23 de marzo de 1935: «El objeto de la Escuela secundaria consiste en educar a aquella parte de la juventud alemana dotada de valores especiales, físicos, morales y espirituales, de un modo que le permita colaborar eficazmente más tarde, desde una posición elevada, en la formación política, cultural y económica del pueblo. Los alumnos de la enseñanza secundaria han de probar continuamente su aptitud física y moral y su sentido nacional».

El ingreso en las escuelas secundarias está, por consiguiente, vedado a los muchachos afectados por dolencias incurables, a los que no sientan los principios morales básicos o manifiesten incapacidad para la vida de convivencia y el espíritu de camaradería, así como para aquellos otros que no alcancen determinado nivel intelectual mínimo.

Una de las más importantes medidas últimamente adoptadas se refiere a la reducción del período escolar secundario a ocho años de duración.

Antes de esta disposición, el alumno no salía del Instituto hasta los diecinueve o veinte años. A esa edad tenía que cumplir el «Servicio de Trabajo», primero, y el «Servicio Militar», después; de suerte que no llegaba a la Universidad o a la escuela profesional antes de los veintidós o veintitrés años. Las nuevas posibilidades de trabajo creadas por el desarrollo de la economía alemana y el incremento adquirido en los años últimos por el ejército del Tercer Reich, exigían esta reducción de la escolaridad secundaria, que, por otra parte, armoniza perfectamente con la justificada desconfianza que la pedagogía de este gran pueblo siente hacia los sistemas meramente escolares de formación, característicos de las culturas momificadas, que remansan y letalizan el ímpetu creador de la vida espontánea, disecándola en formas muertas: esquemas sin vida, Instituciones divorciadas de la fluencia fresca de lo pristino, lacios pansofismos inanes...

Otra importante reforma recientemente introducida en la enseñanza secundaria es la unificación de los diversos tipos de escuela que la daban. La gama variadísima de los matices que se podían distinguir en los Establecimientos de enseñanza secundaria alemanes comprendía hasta unos 70 tipos distintos, cuyos planes de enseñanza variaban considerablemente, según dieran preferencia a los idiomas clásicos o modernos, a las Matemáticas o las Ciencias Naturales. El tipo más antiguo era el «Gymnasium», que preparaba a los jóvenes tomando como base la enseñanza del griego y el latín.

No tardó en separarse de él el llamado «Realgymnasium», que sustituyó el griego por un idioma moderno, dedicando mayor atención a las Matemáticas y Ciencias Naturales.

En segundo lugar surgió la «Realschule», que concedía preferencia a las Matemáticas, ciencias e idiomas modernos. Si a los seis cursos de esta escuela se añadían enseñanzas complementarias indispensables para el ingreso en la Universidad, principalmente el latín, se tenía la «Oberrealschule». Por la importancia que concede a las ciencias sociales y al idioma y cultura nacionalés, encontramos la «Oberschule». Combinaciones, en proporción diferente de los citados planes se advierten en el «Reformgymnasium», «Reformrealgymnasium» y otros muchos tipos mixtos.

El Ministerio de Educación Nacional ha decretado la unificación de todos ellos, reduciéndolos a dos modelos únicos: la «Oberschule» y el «Gymnasium», con preferencia del primero. En las ciudades donde no exista más que un Instituto, éste será del tipo de la «Oberschule» exceptuando las localidades que por razones especiales sean autorizadas para tener una sola escuela secundaria de carácter gimnasial.

Una Institución especial de enseñanza secundaria subsiste tras esta unificación: la «Aufbauschule», cuyos estudios, de una duración de seis cursos anuales permiten a los alumnos primarios bien dotados el paso a

la enseñanza secundaria con mayor rapidez y economía que las escuelas ya citadas.

Más importante que estas reformas administrativas es la fuerte acentuación que la reforma escolar secundaria ha dado en los planes de estudio a la enseñanza de la realidad nacional alemana desde los puntos de vista histórico, económico y cultural; a la introducción de la Ciencia de la raza y la herencia; a la intensificación del estudio de la prehistoria y la atención concedida a la educación física y a la formación de la voluntad.

Desde este punto de vista revisten importancia especialísima los internados secundarios de reciente creación denominados «National-politische Erziehungsartalten». Existen en número de 13, de los que corresponden 10 a la provincia de Prusia. Su característica primordial, más que en el plan de estudios, estriba en el hecho de que la educación de los alumnos se efectúa por la propia comunidad escolar. Anhelan estas Instituciones la formación de un hombre nuevo, opuesto al tipo superintelectualizado y carente de sentido práctico, hijo del humanismo: un hombre capaz de mandar y gozoso en el obedecer, dotado de una delicada conciencia de su responsabilidad ante la comunidad nacional. Dureza física, claridad mental, seguridad moral, espíritu ardiente de lucha en pro de la comunidad, son las condiciones que ha de reunir este «hombre heroico», exigido por las consignas estrictas del presente.

La formación del Magisterio, problema fundamental en toda reforma escolar, ha sido resuelta por la Alemania de Hitler mediante la creación de las «Escuelas superiores para la formación del Magisterio», bien diferentes de los antiguos «Seminarios» y de las «Academias pedagógicas». A esas «Escuelas superiores», situadas generalmente en pequeños centros de población, para que los futuros maestros se beneficien del contacto directo con el campo y la gente rural, asisten durante dos semestres juntamente los estudiantes del Magisterio primario y secundario, que se preparan así, de un modo análogo, para el ejercicio de la enseñanza, disponiendo el espíritu para una colaboración y comprensión que acaben con las barreras levantadas en otro tiempo entre maestros y profesores secundarios por el mutuo desconocimiento. Por otra parte los maestros de Segunda enseñanza tienen así ocasión de comprobar sus aptitudes y su vocación para el ejercicio de la enseñanza, cosa bien distinta del puro estudio y de la mera investigación, aunándose de esta suerte, contenido y método, «saber la materia y saber enseñarla». Y esta ocasión de autoconocimiento vocacional y de preparación pedagógica, se coloca al principio de los estudios, cuando hay tiempo de rectificar un camino profesional errado. Tras este año común, los aspirantes a la enseñanza secundaria ingresan en la Universidad, mientras que los futuros maestros siguen ya otros dos semestres en la citada Escuela Superior, siguiendo ya cada grupo los estudios que convienen a la especialidad del grado docente a cuyo magisterio aspira.

Ultimamente, la teoría pedagógica (Ernst Bargheer: «Deutsche Lehrerbildung als Ausgangspunkt der Schulreform. Zickfeldt, 1936») se inclina hacia una militarización completa de la vida y el trabajo en las «Escuelas Superiores para la formación del Magisterio», como garantía de una preparación digna de las exigencias imperativas del actual momento histórico. Me parece que esta concepción, aplicada a Instituciones que practiquen el internado al modo de los «National-politische Erziehungsanstalten», se abrirá paso en el futuro en todos los países fieles a un concepto heroico de la vida humana, centrada en el riesgo, el servicio y el sacrificio.

III

Los métodos

El vitalismo de la nueva escuela alemana ha originado, aparte otras muchas cuyo estudio no cabe en los modestos límites de este trabajo, dos novedades interesantes: de una parte, el rango destacadísimo concedido por la pedagogía nacionalsocialista a la educación física; de otra, el peculiar carácter de la educación post-escolar en el Tercer Reich.

A la crítica pedagógica unilateral se le antoja peligrosa la acentuación del rango conquistado por la educación del cuerpo. Tal imputación es razonable por lo que se refiere a la instrucción física tradicional, que consideraba objetivo pedagógico digno de ser procurado, una vigorización muscular y, a lo sumo, fisiológica general, desligadas de toda aspiración espiritualista. Pero la nueva educación física alemana no tiene relación alguna con esta tendencia animalizante, porque su objeto no es conseguir un tipo de atleta, cuyos bíceps puedan ser exhibidos en una barraca de feria, sino, por el contrario, acerar y vigorizar el ánimo del hombre medio, miembro de una comunidad nacional fuerte; que posee un organismo flexibilizado y endurecido por las intemperies; que ha aprendido en la vida fecunda de los campamentos las virtudes esenciales de la camaradería y el autodominio, y se siente dueño de su cuerpo y rey de su voluntad, al par que elemento consciente de una totalidad, a cuyo desarrollo debe brindar sus mejores energías. Tal es la significación y alcance de la educación física en la nueva Alemania, en oposición cabal a los métodos gimnásticos tradicionales, inspirados en un vulgar criterio de rendimiento numérico (talla, peso, musculatura, capacidad respiratoria, etcétera).

He aquí las palabras de uno de los más insignes campeones de esta nueva dirección: «El deporte de campo («Geländesports») encuentra su aplicación característica en el «acampamento» («Zeltlager»), que es el medio adecuado para ir a una nueva unión con la tierra. Es preciso haber

pasado una noche de lluvia y tempestad en una ligera tienda de campaña, para aprender a conocer el poder de los elementos naturales. En lucha con estas fuerzas elementales se restituyen los instintos a su original finura y vigor y surge la fuerte voluntad de oponerse y afirmarse contra los obstáculos de la naturaleza... Allí aprende la juventud, sobre todo, a vencer las dificultades, que en la vida natural abundan mucho. Siempre se encuentra el muchacho solicitado para la auto-ayuda, en condiciones que ponen a prueba todo su ingenio y sagacidad.

«En el primer término de la vida de campamento no está la adquisición de especiales conocimientos o destrezas, sino la vida en camaradería. Nosotros hemos dado a los campamentos en educación física un lugar preferente, porque hemos reconocido su eficacia en la formación del espíritu de comunidad. En ellos se puede comenzar con éxito la lucha contra los prejuicios de clase y las ínfulas de condición social. Allí se desarrolla el verdadero espíritu de comunidad mediante el juego de la camaradería y la jefatura.» (Max Monsem: «Die Leibeszinehung in Deutschland». Internationale Zeitschrift für Erziehung. 1935. Heft 6.)

Se ve, pues, cómo la educación física es concebida y realizada en función de la educación integral, y está, en su empeño de formación del hombre nuevo, colocada al servicio de la comunidad, principio y fin de toda la nueva pedagogía alemana y aún de la total concepción del mundo propia de la revolución nacionalsocialista. Esta correspondencia perfecta de motivaciones y propósitos entre las finalidades generales de la política y los objetivos perseguidos por cada uno de los tramos o aspectos de la formación humana, evidencia el carácter orgánico del Movimiento nacionalsocialista y es promesa cierta de fecundidad histórica, toda vez que no se trata de una simple remoción superficial, sino del nacimiento y eclosión de una nueva cultura.

Otra prueba de este mismo aserto nos la proporciona la prolongación intencional del proceso educativo más allá de la edad escolar. Ya hemos mencionado las premisas ideales que explican la preponderancia que la educación alemana concede a la actuación educativa extra-escolar. La continuidad post-escolar de la educación del pueblo, necesidad sentida por todos los países cultos en los años últimos clava una de sus raíces en tales supuestos, desde el momento en que procura realizarse fuera del sistema tradicional de instituciones escolares y no intenta crear otras nuevas que respondan a esa necesidad. Pero en tanto, Francia, por ejemplo, piensa en el establecimiento de Cursos para adultos en las escuelas primarias; Inglaterra prolonga oficialmente la escolaridad, la colaboración teórica (R. Tawney), postula la extensión del grado secundario a todos los jóvenes; Italia crea la gran «Obra Nacional Dopolavoro», y la España republicana se limitaba al esporádico desplazamiento de unas Misiones Pedagógicas infecundas, planeadas sobre la falsilla mejicana, Alemania ha

resuelto el problema de la educación post-escolar con una originalidad y un brío merecedores de la más alta estima.

No podemos detenernos aquí en un análisis circunstanciado de la formación post-escolar alemana. Diremos solamente que, para nosotros, posee dos notas inconfundibles. En primer lugar, no se trata de nada teórico, o, al menos, las enseñanzas teóricas se difuminan ante el predominio de las actividades prácticas. En segundo término, tales enseñanzas no son regalos que el Estado hace a los individuos, sino, por el contrario, servicios que aquél exige de éstos. Y aquí es donde radica la fuerza y novedad más destacada de la educación post-escolar en el Tercer Reich. El «Año Rural», los «Cursos nacional-políticos», el «Servicio de Trabajo», el «Servicio militar», son otras tantas exigencias que el Estado hace a sus miembros, convencido de que el modo mejor de lograr la elevación de un pueblo es obligarle a practicar una vida de convivencia y solidaridad, que le lleve a un cambio superador de los viejos supuestos en que descansaba la existencia anterior. Todas las formas de educación post-escolar son variantes diversas del gran tema de la cohesión nacional, de la alemanidad lograda por la vía del sacrificio de los puntos de vista individuales en holocausto del bien patrio. Y todo ello realizarlo activa, viril, alegremente, como corresponde a un pueblo que se encuentra en pleno período ascensional.

Las mismas ideas centrales encontramos en todos los aspectos y particularidades de la educación, lo mismo en las concepciones didácticas de alguna amplitud que en los detalles concretos de las metodologías especiales. Un procedimiento de enseñanza ha alcanzado en los años recientes importancia capital como medio de introducir a los niños, de un golpe y sin los esfuerzos de la reflexión y el estudio, en el sentimiento de la comunidad. Me refiero al «coro hablado» («Sprechchor»), que se utiliza, más bien que como expediente didáctico en la enseñanza del idioma, como recurso metódico en la formación del espíritu de comunidad, y medio eficaz de expresión artística colectiva.

Se trata de un coro semejante al de la tragedia griega. En voz baja, generalmente, la mayoría de la clase recita la letra de un poema, mientras unos cuantos actores interpretan su espíritu mediante una pantomima rítmica. La entonación de los versos, frecuentemente musical, constituye un fondo grandioso, sobre el que destacan los movimientos armónicos de los ejecutantes. Se obtiene así la impresión de que la clase entera forma un grupo unánime, fundido en un espíritu único, el espíritu de la comunidad. La «impresión que se experimenta cuando se escucha un «coro hablado»—dice un profesor norteamericano—es de una total absorción del individuo; «la negación de toda personalidad que no sea la del grupo». Se comprende que en un Estado nacido del combate contra el individualismo liberal y contra el concepto marxista de la lucha de clases, el cultivo del sentimiento de comunidad y del principio de la colaboración sea especial-

mente cuidado. El «Sphechchor» facilita un medio eficaz para lograrlo, de un modo a la vez interesante para la formación política y moral y para la educación artística

No se crea, por esto, que la nueva pedagogía alemana desconoce el valor de la personalidad individual ni atenta deliberadamente contra ella. Es que está convencida de que la vida y el ser del individuo sólo adquieren sentido, densidad y significación en el seno de una comunidad, y que importa, sobre todo, elevar el tono vital de la misma, para que, como consecuencia obligada, suba el nivel de la vida individual. A esta verdad no ha llegado Alemania por el camino espectral y descarnado de la especulación abstracta, sino por la dura senda de una experiencia directa y penosa. La época de la guerra y la dolorosa prueba de los años siguientes han sido, para los alemanes, una gran escuela de sacrificio. La triste situación a que la nación había llegado sólo podía ser corregida, poniendo una minoría activa y decidida su ímpetu incontenible al servicio supremo de la comunidad nacional, cuyo interés habría de predominar sobre toda consideración y todo miramiento; Hitler fué el gran conductor de este salvador movimiento nacional y el partido nacionalsocialista, precedido por el ardor juvenil de las Secciones de Asalto, el instrumento magnífico de la redención alemana.

Cada país ha de afrontar los problemas derivados de su interna reconstrucción y acendramiento con espíritu y métodos estrictamente nacionales. pero en el acervo espiritual de la época que nace hoy no pocos caracteres fundamentalmente idénticos que, como mandatos de la Historia, han de ser traducidos a la carne real de la construcción política en todos los pueblos fieles a su deber de lealtad con las consignas del tiempo nuevo. He aquí por qué estimo conveniente la divulgación, siquiera sea somera, de los rasgos característicos de la nueva educación alemana, que puede ser y será fuente de inspiración valiosa para la profunda reorganización de la enseñanza española.

DR. PETERSEN